

CULTO INTERNO Y EXTERNO.

V.

Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est à me.

Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón léjos está de mí.

(*Matth. xv, 8.*)

Ved aquí, amados oyentes, la nueva alianza; esto es, ved establecida la religion del corazón, levantado el culto espiritual sobre las ruinas de la superstición y de la hipocresía; preferidas la obediencia y la misericordia á las ofrendas y víctimas; opuesto el espíritu que vivifica, á la letra que mata; despreciada la carne, que de nada sirve; anunciada la piedad, que es útil para todo; en una palabra, las tradiciones humanas, las doctrinas nuevas, los errores populares, y la religion de los sentidos, ó condenado en sus abusos, ó arreglado en sus procederés.

La Iglesia, depositaria é intérprete infalible de la doctrina de Jesucristo, adora á Dios en espíritu y en verdad; pero entre los fieles hay algunos, que hacen gala de despreciar todos los ejercicios exteriores de la piedad, que los tratan de devociones populares, y de continuo nos dicen, que Dios solamente mira el corazón, y que todo lo demás es inútil: otros hay, que despreciando lo esencial de la ley, ponen toda su confianza y toda su religion en estas exterioridades. Queriendo hoy explicaros las reglas de la piedad cristiana, y el espíritu del verdadero culto, impugnaré estos dos errores opuestos, que, en este asunto, me parecen igualmente peligrosos, y os diré: No despreciéis los ejercicios exteriores del culto y de la devoción, por-

que eso sería una soberbia y una singularidad reprehensible, y no adoraría al Señor en verdad. No tengáis tanta confianza en estas exterioridades, que creáis, que sin cuidar de purificar vuestro corazón y de arreglar vuestras costumbres, bastarán para haceros agradables á Dios. Esto sería el error de los fariseos, y no adoraría al Señor en espíritu. No despreciéis las exterioridades del culto y de la devoción, ni tampoco abuseis de ellas. Este es todo el asunto de mi oración. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Supongo desde luego, amados oyentes, que el verdadero culto, si le consideramos en sí mismo, y sin respeto alguno al presente estado del hombre, es puramente interior, y todo se consuma en el corazón. Toda la religion de los bienaventurados espíritus consiste en adorar al Sér supremo, en contemplar sus divinas perfecciones, y en unirse á él con santos movimientos de un amor puro y perfecto; en la alabanza, en la bendición y en la acción de gracias: ésta es la religion de los justos que nos han precedido con la señal de la fe. Esta hubiera sido la religion del hombre en el estado de la inocencia, dice San Agustín, si después de haber caído de aquel estado de santidad en que fué criado, no hubiera sido condenado á vivir arrastrado sobre la tierra, sin poderse levantar hácia su Criador, sin el ministerio de las mismas criaturas que le habían apartado de él. Nosotros, como sucesores de su infidelidad, lo somos también de su pena; como hijos de un padre carnal, nacimos carnales como él; nuestra alma, envuelta en los sentidos, casi no puede pasarse sin su ministerio; nuestro culto necesita de objetos sensibles que ayuden nuestra fe, que despierten nuestro amor, que mantengan nuestra esperanza, que faciliten nuestra atención, que santifiquen el uso de nuestros sentidos, y que nos unan con nuestros hermanos. Esta es la religion de la tierra; esto es, símbolos, sombras, enigmas, que nos fijan, que nos purifican, y nos unen. Los hombres, pues, no pueden pasarse sin un culto exterior que los una, que los distinga de los infieles y sectarios, con que edifiquen á sus prójimos, y que sea una pública confesión de su fe. Por eso Jesucristo juntó á sus pueblos bajo una cabeza y bajo pastores visibles; los unió entre sí con la participación exterior de unos mismos sacramentos; los sujetó á los mismos signos sensibles; y dió á su Iglesia un carácter resplandeciente de visibilidad, en el que nadie puede engañarse, que siempre la ha servido de baluarte contra todas las sectas, y contra los espíritus de error, que en todos tiempos han querido levantarse contra ella.

Con todo eso, no ha sido sola la herejía la que ha pretendido limitar todo el culto al interior, y mirar todos los ejercicios exteriores como supersticiones populares, ó devociones inútiles. Puede muy bien decirse, que este soberbio error ha reinado en el mundo en todos tiempos. Continuamente estamos oyendo decir, que la verdadera devoción está en el corazón, que puede muy bien uno ser hombre de bien, justo, sincero, humano y generoso, sin levantar el estandarte, sin manifestar ansia por todas devociones, sin tener por culpa la distinción de las viandas que no son perjudiciales á la salud, porque lo que entra por la boca no es lo que mancha al hombre, sino lo que sale del corazón; y sin una actitud pueril en ciertos ejercicios, cuya institución más se debe á los claustros que á los apóstoles; y que las obligaciones del cristianismo son más espirituales, más sublimes y más dignas de la razón, que toda la menudencia de devociones á que sujetamos la gente sencilla. Es decir, que la sabiduría del mundo opone tres pretextos para autorizar una tan peligrosa ilusión; á saber, la inutilidad de los ejercicios exteriores, su débil imposibilidad, y el abuso que de ellos se hace. Impugnaré estos tres pretextos, y probaré la utilidad, la sabiduría, y el verdadero uso del culto exterior.

Nos oponéis, en primer lugar, que la esencial devoción está en el corazón, y que todas estas exterioridades son inútiles; pero yo pudiera preguntaros desde luego: cuando separáis este culto exterior que tenéis por tan inútil, ¿sois fieles, á lo ménos, en lo que vosotros mismos afirmáis ser esencial? Cuando despreciáis todo lo que os parece supérfluo en la religión, ¿cumplís, á lo ménos, con las obligaciones indispensables de la ley de Dios? Con persuadiros que basta entregar el corazón á Dios, ¿se lo entregáis al mismo tiempo que tenéis entregado todo el exterior al mundo? A vuestra conciencia llamo por testigo en este asunto. ¿Glorificáis á Dios en vuestro cuerpo, no haciéndole servir á las pasiones injustas? ¿Cumplís con todas las obligaciones de padre, de esposo, de amo, de cristiano? ¿No tenéis que reprenderos en orden al uso de vuestros bienes, en las funciones de vuestro cargo, en la naturaleza de vuestros negocios, y en el buen orden de vuestra familia? ¿Teneis el corazón libre de todo rencor, de toda envidia, de todo deseo de venganza contra vuestros prójimos? ¿Ofendéis alguna vez con vuestras maquinaciones, ó con vuestros discursos, su inocencia, su fama, ó su fortuna? ¿Amáis á Dios más que á todas las cosas, más que á vuestros intereses, más que á vuestra fortuna, más que á vuestros placeres, más que á vuestras inclinaciones? ¿Quereis ántes perderlo todo que desagra-

darle? ¿Os negais continuamente á vosotros mismos? ¿Vivís de la fe, sin hacer caso de todo lo que es perecedero? ¿Mirais al mundo como enemigo de Dios? ¿Llorais los desórdenes de vuestras pasadas costumbres? ¿Teneis un corazón penitente, humillado y deshecho bajo de ese exterior mundano? ¿Teneis horror á sola la apariencia del mal? ¿Huis de las ocasiones? ¿Buscáis los remedios contra ellas? Este es el punto esencial que tanto nos ponderais; ¿sois fieles en él? No, amados oyentes; solamente las almas entregadas al mundo y á sus placeres nos están continuamente diciendo, que basta entregar el corazón á Dios, y que éste es el punto esencial; y consiste en que, como se ve claramente que no dan á su Majestad el exterior, procuran persuadirse, para vivir tranquilos, que los ejercicios exteriores no son necesarios, y que solo atienden al corazón, el que nunca conocemos suficientemente nosotros mismos, y acerca del cual podemos muy fácilmente engañarnos.

Pero, amados oyentes, el que ya tiene su corazón arreglado, y ha entregado sinceramente á Dios su amor y sus afectos, éste no cuida de disputarle las exterioridades y la manifestación de los movimientos de eterna salud que le inspira. Lo que cuesta trabajo, y en lo que consiste la gran dificultad de la virtud, es en el sacrificio del corazón; y así cuando esto ha llegado á conseguirse, todo lo demás nada cuesta, todo se allana, todo es fácil; no teniendo ya las aficiones exteriores raíz alguna en el corazón, se deshacen por sí mismas y no pueden subsistir.

Por otra parte, la misma ley que nos obliga á creer con el corazón, nos manda confesar con la boca, y dar señales públicas y patentes de nuestra fe y de nuestra piedad. Lo primero, para dar gloria al Señor, que es nuestro Dios, y confesar, en presencia de todos los hombres, que él solo merece nuestras adoraciones y respetos. Lo segundo, para no ocultar con una culpable ingratitud los secretos favores que nos ha dispensado, y animar á todos los testigos de las misericordias que ha usado con nosotros, á que junten sus acciones de gracias con las nuestras. Lo tercero, para no retener la verdad con injusticia por una cobardía indigna de la grandeza del Señor, á quien servimos, é injuriosa á la bondad del Dios, que nos ha iluminado. Lo cuarto, para edificar á nuestros prójimos y animarlos á la virtud con nuestro ejemplo. Lo quinto, para animar á los flacos, y confortarlos con nuestra firmeza contra los insensatos discursos del mundo, y las públicas burlas que en él se hacen de la virtud. Lo sexto, para reparar nuestros escándalos, y ser olor de vida, así como antes habíamos sido olor de muerte. Lo séptimo, para consolar á los justos, y darles

motivo con el espectáculo de nuestra mudanza de vida, para que bendigan las riquezas de la divina misericordia. ¿Qué más diré? para confundir á los impíos y á los enemigos de la religion, y obligarlos á que confiesen en su interior, que aún hay virtud en la tierra.

Este es el fruto de las obras exteriores, que teneis por tan inútiles. Los justos de todas las edades han obrado su eterna salud, distinguiéndose del mundo por sus costumbres, por sus máximas, por la decencia y modestia de sus adornos; huyendo de las diversiones públicas, ejercitándose con santo fervor en todas las obligaciones exteriores del culto y de la piedad. Vosotros mismos, que parece haceis tan poco caso de estas exterioridades de la virtud, quereis, no obstante, que se hallen en los siervos de Dios; y luego que los veis imitar las costumbres y proceder del mundo, que en su exterior no se distinguen de los demás hombres, sois los primeros que censurais su devocion.

Pero la falsa sabiduría del mundo opone otro nuevo pretexto á la exterioridad del culto y de la devocion, y halla en ella simplicidad y flaqueza; la frecuencia de los sacramentos, la asistencia á la iglesia, la oracion comun y doméstica, la modestia en el vestir, la diaria asistencia á los santos misterios, la santificacion de las fiestas, el respeto á las leyes de la Iglesia; todo esto se tiene por religion popular, y no se mira como ejercicios dignos del espíritu; quisieramos una religion que no formase fieles, sino filósofos; solemos decir, que estas menudas devociones son buenas para éste, ó aquél, cuyo talento no alcanza más; y nos parece que honramos nuestra capacidad con despreciar la misma religion. Pero, amados oyentes míos, ¿os parece á los que hablais de este modo, que el desórden de vuestras costumbres y la baja de vuestras pasiones no están desmintiendo esa ponderada elevacion de espíritu, que os hace mirar los ejercicios exteriores de la piedad como propios de las almas flacas y vulgares? En esto, sí, que debierais preciaros de talento, de elevacion, de valor y de grandeza de alma. Yo hallo en vosotros todos los defectos de las almas más indignas y viles; os veo soberbios con escándalo, vengativos con furor, vanos con puerilidad, envidiosos con baja, y sensuales con disolucion: veo en vosotros una alma de vil barro, que se deja arrastrar de un deleite, abatir de una aficion, corromper de un vil interés, llevar de un vislumbre de prosperidad, y á la que solamente guia el instinto de los sentidos como á los irracionales; nada veo en vosotros que sea grande, nada que sea sublime, nada que sea digno de la fuerza y grandeza de la razon; y así está muy mal en vosotros el decirnos, que las menudencias de la devocion exterior se deben de-

jar para los espíritus débiles y para las almas vulgares. La verdadera fuerza y la única elevacion del espíritu y del corazon consiste, en dominar las pasiones: en no ser esclavos de los sentidos, ni de los deseos: en ser superior á los acontecimientos y á las desgracias: en esto consiste el tener una alma grande y un talento superior y elevado; esto es lo que precisamente se halla en los justos á quienes tanto despreciáis, teniéndolos por espíritus cobardes y vulgares. Estos justos son unas almas valerosas, que perdonan las más sensibles injurias, que ruegan por los que los calumnian y persiguen, que no sienten los movimientos de las pasiones sino para tener más mérito en reprimirlas, que no se dejan corromper de un vil interés, que no saben sacrificar la obligacion, la verdad, ni la conciencia á la fortuna; son prudentes en el mal, y sencillos en el bien; vosotros, al contrario, cuando se trata de moderar vuestras pasiones sois más cobardes que las almas más viles y vulgares; vuestro entendimiento, vuestra elevacion, la fuerza de vuestro espíritu, todo os abandona; sois una débil caña, á la que el viento mueve á todas partes; pero en las obligaciones de la religion os preciais de singularidad, de elevacion y de fuerza. Esto es, quereis ser fuertes contra Dios, y sois cobardes con vosotros mismos.

Además de esto, mirais las santas costumbres tan respetables por la fe de todos los siglos, por la piedad de todos los justos, y por las reglas de la religion, como ejercicios populares y poco convenientes para unos hombres como vosotros. Pero ¿qué se halla en vuestras más grandes y más serias ocupaciones, segun el mundo, que sea más digno del hombre y del cristiano, que los más populares ejercicios de la piedad, cumplidos con espíritu de fe y de religion?

Lo que nos engaña, hermanos míos, es que tenemos formada una grande idea del mundo, de sus vanidades; de sus pompas, de sus honores y de sus puestos, y no miramos con los mismos ojos las obligaciones de la religion; pero una alma fiel á quien la fe coloca en un punto de elevacion, desde donde todo el mundo y sus grandezas no la parecen más que un átomo, mira todo lo que pasa en la tierra como mutaciones de teatro, que solamente admiran y divierten á unos espectadores ociosos y engañados; espectadores que no ven la flaqueza del artificio y la pueril y oculta fuerza que las mueve, escondiendo el despreciable misterio. Ved ahí como el espíritu de Dios y el espíritu del mundo juzgan distintamente: como á los justos les parece vano y pueril lo que á vosotros os parece tan grande y maravilloso; y como vosotros tratais de puerilidad lo que á ellos les parece únicamente digno de la grandeza y de la excelencia del hombre.

Direis, que una infinidad de gentes abusan de todas estas exterioridades de la devocion. A esto os respondo en una palabra, que los abusos de la devocion no deben atribuirse á la misma devocion: que el mal uso, que algunos hacen de ella, prueba solamente, que la corrupcion de los hombres abusa aún de las cosas más santas; y que así, debeis practicar estos piadosos ejercicios con disposiciones más puras y con motivos más cristianos; que debeis acompañar estas piadosas exterioridades con una vida santa, con una conciencia irrepreensible, con una fidelidad inviolable á todas vuestras obligaciones; que el despreciar la virtud porque algunas personas abusan de ella, sería caer en una ilusion más peligrosa que la que se réprende; y que el mejor modo de condenar los abusos, es enseñar con el ejemplo el verdadero uso que debe hacerse de las cosas de que abusamos. Despues de haber explicado la utilidad de los ejercicios exteriores contra los que los desprecian, es necesario impugnar sus abusos contra los que fundan toda la piedad cristiana en estas exterioridades.

2. Los ejercicios exteriores de la devocion son útiles, y los hacemos infructuosos por no acompañarlos con aquel espíritu de fe y de amor, sin el cual la carne de nada sirve. A la verdad, amados oyentes, todo el culto exterior se ordena á la renovacion del corazon como á su fin principal: cualquiera accion de piedad que no se ordena á establecer el reino de Dios dentro de nosotros, es vana: cualquiera ejercicio santo, que subsista siempre con nuestras pasiones, que deja siempre en nuestro corazon el amor al mundo y á los culpables deleites, que no corrige nuestros rencores, nuestras envidias, nuestra ambicion, nuestros afectos, nuestra pereza, más es burla de la virtud, que virtud.

En este sentido, toda la religion estriba en el corazon; el haberse Dios manifestado á los hombres, el haber formado una Iglesia visible en la tierra, el haber establecido en ella la majestad de las ceremonias, la virtud de sus sacramentos, la magnificencia de sus altares, la variedad de sus ejercicios, y todo el aparato de su culto, no ha sido más que para guiar á los hombres á las obligaciones interiores del amor y de la accion de gracias, y para formarse un pueblo santo, puro, inocente y espiritual, que pueda glorificarle en todos los siglos. Este es el fin de todo el culto que Dios ha establecido, y de todas las ideas de su sabiduria para con los hombres: cualquiera religion que se ciñese á puras exterioridades, sin arreglar el corazon y los afectos, sería indigna del Sér supremo, no le tributaria la principal gloria y el único respeto que él desea. No obstante esto, amados oyentes, podemos decir, que este es el abuso más universal y la llaga más de-

plorable de la Iglesia. ¡Ah! toda la gloria de la hija del rey se halla, por decirlo así, en el exterior.

Pero ¿qué caso hacemos nosotros de las apariencias de amistad que desmiente el corazon? ¿Qué impresion hacen en nosotros las falsas expresiones de aquellos que no nos aman, y que conocemos ser nuestros enemigos? ¿No es cierto que nos sirven de molestia? Nosotros no estimamos en los hombres sino el afecto íntimo y real que nos profesan: aún les disimulamos la irregularidad de algunas acciones, con tal que estemos seguros de la verdad de su afecto. Nosotros queremos ser amados de veras, ningun caso hacemos de las exterioridades, solamente nos pagamos del corazon: no perdonamos ni aún el más leve defecto de sinceridad; y ¿hemos de creer que Dios, que se llama Dios celoso, ha de ser en este punto ménos sensible y ménos delicado que el hombre? ¿Hemos de creer que Dios ha de ser de peor condicion que el hombre, y que ó no merece ser amado, ó que no ha de sentir la falsedad de nuestras adoraciones y respetos? ¡Dios mio! es posible que los hombres hayan de ser tan reales y verdaderos en sus placeres, en sus pasiones, en sus proyectos de fortuna, en sus rencores, en sus venganzas y en sus envidias; y que conservando en estos asuntos dentro del corazon, aún más de lo que exteriormente manifiestan, solamente han de ser falsos en los asuntos de la religion; esto es, á la figura del mundo tributan la verdad y realidad de sus afectos, y á la verdad de vuestra ley y á la realidad de vuestras promesas no ofrecen más que la apariencia! Y no obstante, la vana confianza es la propiedad característica de estas almas de que hablo; y este es el segundo abuso de los ejercicios exteriores de devocion.

Los ejercicios exteriores de la religion sosiegan la conciencia, y dan motivo al pecador de que halle algun consuelo fuera de sí mismo: las limosnas, los sacramentos, las obras de misericordia forman una especie de nube que oscurece su alma; se perdona más fácilmente las fragilidades y caidas, porque le parece que las recompensa con obras santas; no teme aquella obstinacion y aquel abandono de Dios en que caen regularmente los pecadores inveterados, porque aún siente consuelo en ciertas obligaciones exteriores de la religion; no conoce que este consuelo es artificio del demonio, que conduce á la impenitencia, del mismo modo que la obstinacion. De este modo, el pueblo judío, fiel observador de los ejercicios exteriores, perseveró hasta el fin en su ceguera. Los grandes pecadores, los impios, los publicanos se convierten; los fariseos, los medio cristianos, las almas á un mismo tiempo religiosas y mundanas, que componen las exteriores obliga-

ciones de la devocion con los placeres, con las máximas, pasiones y abusos del mundo, nunca se mudan, y mueren sin compuncion, así como han vivido sin desconfianza.

¡Ah, hermanos míos! un enemigo de los cristianos les argüía en otro tiempo, de que aunque era verdad que los preceptos del Evangelio eran admirables, y que nada igualaba la perfeccion y grandeza de las máximas de Jesucristo, eran tan poco conformes á la flaqueza humana, que no creía que hubiera quien pudiese cumplirlos. Pero, ¿qué podría haber en las máximas de Jesucristo tan impracticable para la humana flaqueza, segun la expresion ponderativa de este pagano, si éstas no arreglasen más que las exterioridades? Lo que cuesta es mortificar un deseo, el vencer una pasion, el desarraigar una costumbre, el contener un natural demasiado inclinado á los placeres; lo que cuesta es el separarse de una ocasion á que nuestro corazon nos inclina, el aborrecer al mundo que nos agrada y nos busca; el amar á los que nos aborrecen; el ocultar los defectos del prójimo y hablar bien de los que nos calumnian; el vivir desprendidos de todo, aún cuando todo se posea; esta es propiamente la vida cristiana, y lo que cuesta trabajo; este era el motivo de que tanto admirasen los paganos la santidad, la elevacion y la prudencia de la moral de Jesucristo; esto es lo que tanto les hacia temer, dice S. Leon, la santa severidad. Pero las obras exteriores muchas veces son fruto del amor propio, léjos de debilitarle y combatirle. Y por eso, no solamente ceñimos á ellas toda la piedad, sino que las preferimos á las más esenciales obligaciones.

Ultimo abuso de los ejercicios exteriores: ofendemos con ellos á la justicia por preferirlos á las más indispensables obligaciones: abuso bastante frecuente en la virtud, pues vemos muchas personas celosas por las obras de supererogacion, y tranquilas en orden al perpetuo olvido de sus más esenciales obligaciones. Y así hay muchas, que practican todas las buenas obras, ménos aquellas que Dios las pide; dejan las funciones de su cargo, las obligaciones principales de su estado, aquellas obligaciones menudas y domésticas en que no halla satisfaccion el amor propio, y aquellas para cuyo cumplimiento solo el amor á la obligacion puede estimularnos. Amados oyentes, esta es una regla inflexible: todo lo que se opone á la obligacion esencial, no puede ser obra de fe ni de devocion. Jesucristo no está dividido contra sí mismo: la caridad no destruye lo que edifica la justicia: empezad por la obligacion: lo que no edifiqueis sobre este fundamento, no será más que un conjunto de ruinas, de obras muertas y de paja destinada al fuego. Dios no estima unas obras que no nos pide:

la sincera y verdadera piedad consiste solamente, en ser cada uno fiel á las obligaciones de su estado: despues de haber cumplido con estas obligaciones, haced en hora buena obras de supererogacion; pero no antepongais lo accesorio á lo principal, vuestros antojos á la ley de Dios, y la quimérica perfeccion de la devocion á la devocion misma.

Evitad, amados oyentes, los dos escollos que acabo de señalar en este discurso: este es el fruto que habeis de sacar de él: la virtud prudente y sólida siempre estriba en un medio justo y equitativo: solamente nuestro genio es quien apetece los extremos. No añadimos nosotros, por nuestra parte, cosa alguna á la religion: ésta está llena de una razon sublime si la dejamos como en sí es; pero luego que intentamos mezclar con ella nuestros gustos y nuestras ideas, ya no es más que una filosofia árida y soberbia, que todo lo atribuye á la razon, y que no produce efecto alguno amoroso en los corazones; ó produce un celo supersticioso y ridículo, despreciado por la sana razon, y reprobado y condenado por la fe. Hagamos con el arreglo de nuestra vida y con la equidad de nuestro proceder, que la virtud sea respetada aún de los que no la aman: manifestemos al mundo, dando con nuestras acciones á cada cosa el lugar que la corresponde, que la piedad, ni es genio, ni flaqueza, sino la regla de todas las obligaciones, el orden de la sociedad, el juicio de la razon y la única ciencia á que debe aspirar el hombre en la tierra. Contemplemos la elevacion de las máximas de la religion, y la dignidad de sus preceptos, y obliguemos á los enemigos de la virtud á que confiesen, que solamente la piedad puede ennoblecer el corazon, elevar los pensamientos, formar almas grandes y generosas; y que no hay cosa más pueril ni más despreciable, que una alma que se deja gobernar de sus pasiones. Honremos á la virtud, dejándola cuanto en sí tiene de divino y amable, su suavidad, su equidad, su nobleza, su sabiduría, su igualdad, su desinterés y su elevacion: el mundo, en medio de ser tan injusto, presto se reconciliaria con la virtud, si viera que nosotros abandonáramos nuestras flaquezas. De este modo haremos que alaben el nombre del Señor aún los que no le conocen, y podemos esperar verlos algun dia reunidos con nosotros en la feliz inmortalidad, que os deseo.

CULTO DE LOS SANTOS.

Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat. ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis.

Viuea grande muchedumbre, que nadie podia contar, de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas.

(Apoc. vii, 9.)

¿Qué muchedumbre innumerable es esa, hermanos míos, que vió el ilustre y venerable anciano de Pathmos? Es la de los gloriosos habitantes de los cielos. Ved con qué rasgos característicos nos los describe. Están reunidos, dice, de todas naciones, de todas lenguas, tribus y edades; llevan vestiduras blancas, porque no queda en ellos ningun vestigio del contagio del pecado; rodean el trono de Dios, porque son admitidos á gozar eternamente de su divina esencia; tienen en la mano vasos de oro llenos de perfumes, porque las oraciones que por nosotros elevan al Señor son siempre gratas. ¡Oh! cuán augusta y esplendorosa es esa santa y nueva Jerusalem! Probemos hoy á entrar por sus puertas, cristianos muy amados. La Iglesia nos invita á ello. Váyanos á besar respetuosamente el polvo de los sagrados pavimentos en que resuena el aleluya eterno. Congratulemos á los santos, amigos de Dios, por su felicidad, por su triunfo; y al deponer á sus piés el homenaje de nuestra veneracion, tal vez nos los hagamos propicios y merezcamos su poderosa intercesion. Con este designio quiero hoy hablaros del culto de los santos. Yo os mostraré, que es un culto *soberanamente razonable*, al par que *eminenteemente consolador*; y en seguida os diré *en qué debe consistir*. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Cada dia en el mundo, cuando estamos empeñados en una empresa difícil y peligrosa, procuramos hallar algun amigo, algun

protector generoso, que se digne interceder por nosotros, y recomendar nuestros intereses á los hombres poderosos, que tienen, por decirlo así, en sus manos, el éxito bueno ó malo de nuestros negocios. Eso es tambien, hermanos míos, lo que sucede en el orden sobrenatural; y el culto que tributamos á los santos no tiene otro fundamento. Los santos son amigos de Dios, sus servidores más fieles, honrados con sus mercedes especialísimas; y en recompensa de su fidelidad, son partícipes de su poder. Coronados de gloria divina, beben abundantemente en la fuente de todos los bienes.

Por otra parte, los santos nos profesan tierno afecto. Como nosotros, fueron peregrinos en nuestro destierro; como nosotros, comieron en la tierra un pan muchas veces empapado con sus lágrimas; como nosotros, más de una vez se sentaron llorando á la orilla del camino, al pensar en la patria celestial, á la que tanto temian no poder subir. Los santos son hermanos nuestros; las santas, hermanas nuestras tambien. La sangre de Adán corrió por sus venas como por las nuestras; tuvieron primero nuestras debilidades, nuestros trabajos y angustias. Ellos querrán pues, socorrernos, porque son poderosos cerca de Dios; y porque habiendo sufrido todas las pruebas difíciles á que nosotros mismos estamos expuestos, saben que somos muy desgraciados y muy dignos de su tierna compasion. Así ha pensado siempre la Iglesia de Dios, y por eso se apresuró á recurrir á la intercesion de todos los santos que moran en el cielo. San Jerónimo, en el siglo iv, contestaba ya al hereje Vigilancio, que osaba sublevarse contra el culto de los santos: «¡Cómo! los apóstoles y los mártires, mientras vivian en la tierra y estaban aun inquietos sobre su propia suerte, no dejaban de rogar por sus hermanos; ¿y creeriamos nosotros, que coronados en el cielo se olvidan de ellos?»

¿Qué respeto, qué veneracion no ha profesado la Iglesia, desde su origen, á la bienaventurada Virgen María, á los apóstoles, á los mártires, á los confesores, á las vírgenes, á toda la corte del Rey eterno de los siglos? ¡Cuántos templos erigidos bajo su invocacion, cuántas sociedades establecidas bajo su nombre, cuántas fiestas instituidas para celebrar sus triunfos, cuántos escritos publicados para defender su culto, para anunciar sus milagros, para proponer el ejemplo de sus virtudes!

El culto de los santos tiene sus raíces en las leyes más imprescriptibles de nuestra naturaleza. Nosotros amamos, veneramos á un padre, á una madre, á una hermana, á una esposa, á un hijo. La simple vista de una persona sólidamente virtuosa nos impresiona, nos conmueve. ¿Qué es eso, pues? Un culto. Es el culto de la piedad filial,